

LA AVENTURA POLITICA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

Felipe G.:

Días los cría y ellos se juntan.

Santiago:

*Don Adolfo, el populista,
y Leopoldo, el fontanero,
¿cuál de los dos más cuentista?*

Fraga:

*Terminó el plazo de prudencia,
virtud de mayor porfia,
que es la madre de la ciencia,
practicado día a día.*

Felipe G.:

Alargáis el metro sin timo.

Fraga:

Tengo pulmón diamantino.

Santiago:

*No demoremos justicia,
al infierno con los dos,
fuera si no estulticia
que no perdonaría Dios.*

Se acercan amenazadoramente a Calvo Sotelo y Suárez. Se apaga la luz en el living de la mansión presidencial y al volver a encenderse ilumina exclusivamente la escena en que Pérez Llorca, subido a un armario, tiende la mano a Leopoldo Calvo Sotelo, que trata de rozarla con los dedos.

P.L.L.:

*Es de sabios escuchar
penúltimas voces
que te pudieran salvar
de la herida de las hoces.*

C.S.:

*No es de mi casta la huida;
tengo las espaldas anchas
para las mil asechanzas
de las armas presentidas.*

P.L.L.:

*Ya has dicho lo de la espalda,
se te agotó el repertorio,
que rima con Juan Tenorio,
tragedia de envado y falda.
Al limbo vente conmigo,
que lo comparto contigo.*

C.S.:

*Adiós humanas desdichas,
busco más altos empeños,
virtudes menos redichas,
verdades como barreños.*

P.L.L.:

*No rimes más, desdichado,
que cada rima te acerca
al averno desdentado.*

Y en estas se despertó Calvo Sotelo, tal vez por el suave ruido de la hoja del calendario agitada por una súbita hipertensión del aire acondicionado. Uno de noviembre, se dijo. Difuntos, OTAN, Zorrilla. He de llamar a Vallejo Nájera o a García Enterría.

Llamó a García Enterría, quien le recomendó que llamara a Vallejo Nájera o al general Haig. ■ M.V.M. (Ilustraciones de Guillén).

UN ligero repaso por las páginas de información nacional de los distintos medios de comunicación proporciona una serie de datos singulares sobre la actividad política en nuestro país: un líder que al encontrar que está en una vía muerta descarrila a su propio partido tirando de la manta, un dirigente que tras perder el poder privatiza «pro domo sua» las siglas de todo un bloque social, un aspirante a político que trata de llegar a ministro mediante la sección anuncios por palabras de los periódicos y revistas, un sinfín de políticos en gestación que proyectan crear «in vitro» en un laboratorio partidos radicales, mil y un promotores de partidos bisagras, proliferación de clubs y cenáculos políticos compuestos por personas aparcadas por el anterior proceso, corrientes y tendencias internas en todos los partidos, etc; por haber hay hasta intentos de crear una comunidad autónoma uniprovincial «ad maiorem gloriam» de un diputado.

Habría que remontarse a los últimos tiempos del «ancien regime» para encontrar una nómina tan extensa e intensa de aventureros políticos y empleamos este término en su acepción menos peyorativa; según el diccionario ideológico de la lengua española de Julio Casares es un vocablo «aplicable a la persona que por medio de intrigas trata de conquistar rápidamente una elevada posición social». La diferencia entre aquellos periodos y éstos es que por entonces el país salía de un largo desierto político de 40 años, y que con excepción de los comunistas, todo el resto de las llamadas fuerzas políticas no era más que palabras, palabras y palabras. Lógico, pues, que los aventureros surgieran como medio de rellenar un vacío; no pocos de los partidos que hoy actúan en el escenario político partieron del triunfo de unos aventureros; dos golpes de Estado «de facto» en el seno del aparato del anterior régimen y de unas fantasmales siglas históricas pusieron en marcha el cambio político.

Luego el problema estriba en preguntarse por qué ahora renacen los aventureros cuando contamos con una experiencia de un quinquenio de partidos políticos. Y la respuesta está

prácticamente en su existencia por paradójico que parezca; si antes los aventureros nacían para rellenar un hueco orgánico, hoy resucitan para rellenar un hueco político. La mayoría de los colectivos políticos tras cinco años de vida son un cascarón sin ningún contenido ideológico-político que navega a la deriva sin ningún rumbo fijo, sin apenas tripulación porque en su mayoría han desertado y sin más cuadros de mando que los que han hecho de pegarse al timón su única condición de vida. De ahí que liberales, socialdemócratas, eurocomunistas y eurostalistas, radicales, críticos, terceras vías, moderados, se presenten como alternativas ideológicas con las que rellenar el cascarón.

El aventurerismo

La razón por la que surgen los «condottieros» reside, justamente, en el aventurerismo; hay que diferenciar al aventurero del aventurerismo, mientras que el primero es una aventura personal, el segundo es una aventura colectiva. Precisamente se dá lo uno porque, previamente, se dio lo otro. Es decir, el aventurerismo que ha presidido la línea política de los principales partidos que componen el arco parlamentario, a lo largo de la transición, ha acabado por generar las condiciones para que resurjan de su tumba los aventureros. Los partidos políticos tras cerrar inicialmente las puertas a la aventura individual han terminado posteriormente por abrirles puertas y ventanas después del balance de la aventura colectiva que han protagonizado.

Si se parte de la premisa del triunfo de las tesis reformistas, se entiende mejor y más rápidamente la eclosión aventurerista de los grandes órganos políticos; al fin y al cabo el modelo español de salida de una situación autoritaria era un modelo insuperable de aventurerismo político que salió extraordinariamente bien para quienes la concibieron, planificaron y realizaron. Como la política no es ni puede ser una ciencia exacta ni una ecuación matemática, la aventura personal de unos líderes audaces y la aventura colectiva de un bloque social resultó, excepcionalmente, una victo-

ria política de largo alcance y trascendencia política que determinaba ampliamente las coordenadas y límites de la democracia.

A partir de ahí, y sin realizar ningún análisis de por qué se había producido aquí y ahora la excepción del triunfo de una postura aventurera, completamente desconcertados por la viabilidad de lo que habían condenado previamente sin apelación, la mayor parte de las siglas democráticas entraron en una curiosa carrera por ver quién se aventuraba más; si el mundo era de los audaces había que extraer la lección. Así, la consigna de Danton, ligeramente corregida en su enunciado, empezó a presidir la actividad política global: «para vencer (el revolucionario francés decía que a los enemigos del pueblo pero esto sobra obviamente) audacia, audacia y siempre audacia». No vamos a enumerar este recorrido por la senda del aventurerismo, pero sí sus jalones o principales mojonos: los centristas de la mano de los comunistas para estrangular al PSOE y los socialistas en amor y compañía de Manuel Fraga para laminar a Adolfo Suárez. Aventurerismo que rayaba en los límites del infantilismo político cuando algunos dirigentes del primer partido de la oposición llegaron a coquetear ingenuamente con el prototipo del aventurero político: el general Alfonso Armada.

Lógicamente, cada una de estas posiciones aventureras acabó como el rosario de la aurora; el poshegegeliano González (dixit Pérez Llorca), el postleninista Carrillo y el posjoscantoniano Suárez fueron trabados por el coyunturalismo que habían puesto en marcha y quedaron enredados en la tela de araña que habían tejido para sus adversarios: conclusión, Adolfo Suárez perdió el poder, Santiago Carrillo descarriló el PCE irreversiblemente y Felipe González transformó a su partido en un grupo de presión o plataforma de intereses más en nuestra sociedad. La descomposición política e ideológica de los tres partidos es obvia y diáfana en los centristas y los comunistas, sus últimos congresos fueron exponentes de esta crisis, y soterrada en los socialistas que han organizado un congreso que da vergüenza ajena presenciarlo después de constatar el realizado por UCD y el PCE.

Los aventureros

El resultado de tanta dosis de aventurerismo es la rápida aparición de los aventureros. En efecto, no había transcurrido un mes de la dimisión de

Adolfo Suárez, el más brillante e inteligente de nuestros «condottieros», cuando entraba en escena, pistola en mano, el aventurero Antonio Tejero. La aventura del 23 de febrero, protagonizada por aventureros uniformados, es la primera señal inequívoca del fracaso del aventurerismo político. La triple interpretación de este proyecto aventurero, turco, chileno o a lo De Gaulle, señalaba claramente la gravedad del vacío político creado.

No es casual que, a partir de entonces, los aventureros civiles empiecen a proliferar para intentar rentabilizar personalmente el fracaso de los partidos o de sus principales líderes. No es tampoco mera coincidencia que, simultáneamente, rebroten las tendencias y corrientes de opinión en cada uno de estos colectivos: plataforma moderada, eurocomunistas e izquierda socialista exigen con el mismo tono y firmeza una conducta democrática interna y proponen una línea política diferenciada de la que hasta ahora se ha venido aplicando. Ni es anómalo que estallen clubs de opinión o resuciten los dormidos proyectos sobre la necesidad de un partido bisagra o un partido radical. Y no lo es porque es normal que sobre las ruinas de los partidos políticos, eso sí unos más arruinados que otros, múltiples aventureros intenten edificar su propia oficina política.

A la vez los afectados por este ataque comienzan asimismo a caer en el terreno de la aventura personal después de haber caído en el campo del aventurerismo político global. Frente a estos «parvenue», que intentan quitarles el sillón, el objetivo ya no es ensayar nuevas aventuras en el tablero político, sino conservar las posiciones personales adquiridas. Con lo que entramos en el espectáculo que presenciamos diariamente; las siglas son privatizadas por quien puede privatizarlas impidiendo la recomposición política de la derecha democrática y la readecuación orgánica y política de la izquierda.

El retorno de las personalidades

De ahí que vuelvan a reaparecer, tanto en un bloque social como en el otro, las llamadas personalidades que habían desaparecido de la política española desde los últimos instantes del viejo régimen. En aquella época fueron frenados por los partidos, ahora no hay partidos que los frenen porque estos mismos colectivos están invadidos por estas personalidades que as-

piran a tomar el timón y a invertir el rumbo de los acontecimientos. Hoy sería imposible que un partido hiciera desaparecer de la escena a una personalidad a base de un dossier; la eliminación, por ejemplo, de Antonio García Trevijano no sería posible en estas circunstancias porque realizamos el camino inverso: no vamos, como entonces, del aventurero que daba golpes de Estado en viejas siglas legales o ilegales al aventurerismo, sino del aventurerismo retornamos a los aventureros.

¿Cuáles de este abigarrado abanico de personalidades de la derecha y de la izquierda son realmente representativos de las bases sociales que dicen representar? Problema difícil que sólo irá resolviendo el proceso político a medio y largo plazo en base, fundamentalmente, de las elecciones. No hay más que recordar cómo las primeras convocatorias electorales despejaron dos espejismos políticos que eran moneda corriente en la España de entonces: la derecha democrática nunca estuvo representada por las llamadas personalidades de la Junta Democrática ni por Joaquín Ruiz Giménez —sólo se representaban a sí mismos— ni la izquierda era el PCE, al que su soledad en la dura lucha clandestina daba una dimensión sobrexagerada, sino el centrismo y el socialismo. Atrás quedaban los socialismos históricos, las democracias cristianas de ficción, los mil y uno grupúsculos socialdemócratas de gabinete y el sinfín de minipartidos comunistas de tinte chino o soviético.

Hoy estamos como antes, aunque en un plano superior, y sólo el tiempo ajustará la verdadera personalidad de cada una de estas personalidades y tendencias. Salvo las organizaciones sociales, los sindicatos y la patronal han barrido los intentos de sindicalismo amarillento y de patronales amarillos, todos los partidos de ámbito estatal están en vísperas de reajustes y los aventureros de la dirección y los aventureros que aspiran a la dirección afilan los cuchillos. Sería de desear, teóricamente, que no fuera así —necesitamos urgentemente un sistema consolidado, unos partidos firmes y unos profesionales políticos—, mas la realidad es como es. Y cuando coinciden una crisis económica, social, política y orgánica es la hora de los aventureros; sobre todo cuando los partidos no cumplen ya su función de representación pero aún son insustituibles. Es una contradicción que no tiene solución por ahora, y que se superpone al cesto de contradicciones que atenaza el proceso español. ■ F.L.A.